

# LAS “CONFESIONES DE FE” EN EL NUEVO TESTAMENTO

Prof. Santiago Guijarro Oporto

Aula de Teología  
11 de Octubre de 2011

Quiero comenzar expresando mi agradecimiento a todos aquellos que hacen posible esta actividad universitaria que supone un servicio a la ciudad y a la cultura, también para aquellos que no están vinculados directamente a la Universidad. En el Aula de Teología se hace presente una temática que estuvo en los orígenes de la universidad, pues la reflexión sobre la fe y la profundización en el sentido de sus contenidos fue una de las disciplinas que configuraron la institución universitaria allá por el siglo XIII. Hoy, sin embargo, sobre todo en nuestro país, la Teología no tiene una presencia institucional reconocida. Por eso es tan de agradecer una iniciativa como ésta.

## INTRODUCCIÓN

El ciclo de conferencias que hoy comenzamos lleva por título “La acción salvadora de Dios en y por Jesús, Cristo y Señor”. De hecho, la mayoría de las intervenciones que seguirán a ésta se van a centrar en aspectos concretos de la vida de Jesús, tales como su resurrección, su bautismo, etc. que, ya desde el principio, tuvieron un especial significado en la tradición cristiana y que son conocidos como los *misterios de la vida de Señor*.

Me gustaría, en primer lugar, explicar cuál es la función de esta primera conferencia en el conjunto del ciclo, porque a primera vista aparece una cierta discontinuidad entre ella y las demás. Sin embargo, no es así porque estas primeras *confesiones de fe* de las que voy a hablar son las que nos proporcionan la clave, la luz, la mirada que tuvieron los primeros cristianos sobre los recuerdos de la vida de Jesús, aquella luz que les permitió profundizar en lo que Jesús había hecho y dicho de tal modo que se transformaron en algo más que simples recuerdos del pasado; al descubrir quién era Él, en realidad, comprendieron mejor el sentido de sus palabras y sus acciones. Aquellos *misterios de la vida del Señor* abrían la puerta para adentrarse en el *Misterio*, que era la manifestación de Dios en Jesús; pero esto solo era posible si se miraban con una luz especial, que es la que queda manifestada en el proceso de surgimiento de los primeros credos, las primeras *confesiones de fe*, a las que hoy nos vamos a acercar.

Por tanto, esta primera conferencia sería algo así como la clave para entender por qué algunos sucesos, que probablemente habrían sido olvidados muy pronto, fueron recordados como acontecimientos que abrían la puerta al *Misterio* de la persona de Jesús, a la comprensión de su identidad. Su bautismo, por ejemplo, habría sido un hecho olvidado como lo fue el de tantos contemporáneos suyos, si no hubiera sido porque aquel que lo recibía no era uno más de los que se acercaron al bautismo de Juan.

Lo que voy a tratar de hacer ahora, con la brevedad que supone una charla, es explicar, cuál fue el proceso a través del cual se fue dando este descubrimiento de la identidad de Jesús, cómo aparecieron los primeros credos, cuáles son sus formas, sus contenidos y cómo se fueron completando y profundizando.

## 1. LAS PRIMERAS MANIFESTACIONES DE FE EN JESÚS

Hace diez años hubiera comenzado esta conferencia por el segundo punto, es decir, hablando de la fe *post-pascual*, porque entonces, y mucho más hace 20 o 30 años, el ambiente estaba dominado por los estudios de una importante Escuela exegética que dominó prácticamente toda la exégesis del siglo XX, la llamada *Escuela de la historia de las formas*, cuya figura más representativa fue Rudolf Bultman. Cuando éste y otros miembros de esta Escuela estudiaron los evangelios y el Nuevo Testamento, les pareció descubrir que lo que allí se contenía eran tradiciones que se habían originado después de la resurrección. Bultman y la Escuela de la historia de las formas subrayaron mucho la "ruptura" entre el período anterior a la pascua y el posterior.

Ahora bien, esta perspectiva ha cambiado debido a la intensísima investigación histórica que se ha llevado a cabo sobre Jesús. Esta investigación nos ha hecho caer en la cuenta, entre otras cosas, de que la fe en Jesús no tuvo un inicio absoluto en la *fe post-pascual*, es decir, de la fe posterior a la muerte y a la experiencia de la resurrección, sino que ya antes de la resurrección hay ciertas manifestaciones de la fe en Jesús.

La llamada *tercera búsqueda del Jesús histórico* ha descubierto que hay muchas cosas que podemos saber acerca de este período anterior a la resurrección estudiando detenidamente los testimonios posteriores a la pascua. Por ejemplo, podemos llegar a descubrir cómo fue la relación de Jesús con sus discípulos o con la gente que se acercaba a escucharle; y es ahí donde encontramos las primerísimas manifestaciones de fe. No es todavía una fe pascual, una fe en el Cristo resucitado, pero sí es ya el reconocimiento de que ahí hay alguien que es diferente y que es algo más de lo que estamos viendo.

En efecto, en los evangelios encontramos numerosas reacciones explícitas de admiración, preguntas que, de alguna manera, expresan ya esa actitud, ese tipo de acercamiento a la persona de Jesús, al profeta de Galilea, que es diferente. Los que lo escuchan en la Sinagoga de Nazaret se dan cuenta de que su enseñanza es diferente, con autoridad, y se admiran por ello. Cuando Jesús expulsa el demonio de aquel hombre que estaba allí, la gente se pregunta *¿Quién es éste?* O cuando calma la tempestad y los que van en la barca se preguntan *¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?*

*¿Quién es éste?* Es una pregunta que encierra un cierto reconocimiento; quien se la hace ha descubierto en esa persona alguien diferente, extraordinario. En tiempos de Jesús la gente llegó incluso a algunas conclusiones acerca de su identidad; en los evangelios sinópticos encontramos un pasaje en el que Jesús pregunta a sus discípulos acerca de lo que piensa la gente sobre él: *¿Quién dice la gente que soy yo?* La gente tenía sus ideas: *unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías o alguno de los profetas...* (Mc 8,27-30). Elías era el único profeta que, al igual que el Patriarca Enoc, había ascendido al cielo sin haber muerto y en tiempos de Jesús se esperaba que volviera para preparar el día del Señor; la gente pensaba que Jesús es Elías que había vuelto; es, por tanto, una afirmación que supone un cierto reconocimiento popular, de la gente del pueblo que no solo se pregunta, sino que responde a la pregunta.

En los evangelios hay también actitudes implícitas que revelan una "fe discipular." Llevan aparejado un reconocimiento de la identidad de Jesús. La más clara de todas es la que podemos descubrir en el grupo de sus discípulos más cercanos que, como resultado de la convivencia con él, de escuchar su enseñanza, de ver cómo actúa con la gente, deciden dejarlo todo -familia, trabajo, todo aquello que les daba identidad, seguridad...- para seguirle; eso no se hace por una persona cualquiera.

El discipulado -uno de los rasgos más característicos de la actividad histórica de Jesús, tal como lo podemos reconstruir críticamente a partir de los evangelios- supone un reconocimiento de que Jesús es algo más que un profeta, es alguien a quien se puede seguir para compartir, no solamente su estilo de vida, sino también su destino.

Por tanto, ya en los evangelios, críticamente examinados, encontramos estos rasgos implícitos y explícitos acerca de lo que James Dunn –en mi opinión uno de los mejores exponentes de esta investigación- ha llamado *una fe discipular*, para distinguir esta actitud de los discípulos más cercanos de Jesús hacia Él antes de la pascua, de la que surgió después de la pascua. Yo creo que, cuando hablamos sobre *las primeras confesiones de fe*, tenemos que buscar las raíces en estas primeras manifestaciones de una adhesión personal, de un reconocimiento, de una valoración especial, en la que también se implica la propia vida; no se trata de algo puramente intelectual, sino de una relación que tiene implicaciones de cambio de vida, de actitudes, conducta, etc.

Estos prolegómenos me parecen importantes para comprender cuáles son las raíces de la fe de los primeros credos cristianos y, en definitiva, también del credo de las iglesias cristianas posteriores, porque, efectivamente, ahí está el núcleo de dicha fe, como espero demostrar más adelante.

## 2. LAS EXPRESIONES DE LA FE PASCUAL

La muerte de Jesús provocó una profunda crisis en el grupo de sus seguidores y discípulos. También en los evangelios encontramos esta experiencia; vemos que los discípulos vuelven a su casa, a Pedro lo encontramos de nuevo en Galilea, dedicado a las faenas de la pesca... Pero fue una crisis que, una vez superada, dio lugar a una nueva forma de fe, basada en la certeza de que la muerte de Jesús no había sido el final de la historia, sino que esa historia había continuado después.

La muerte de Jesús puso en crisis la *fe discipular*. Aquellos discípulos que habían confiado en Jesús porque le veían como alguien muy especial, al verlo crucificado, experimentaron lo que los psicólogos sociales llaman una *disonancia cognitiva*, es decir, aquello que ellos creían conocer acerca de Jesús no encajaba con lo que estaban viendo; Jesús había muerto como un malhechor, como un criminal condenado por la autoridad legítimamente establecida. Aquellos primeros discípulos solo pudieron salir de esa crisis a partir de nuevas experiencias que han quedado también reflejadas en los evangelios y en las cartas del Nuevo testamento, que hablan de la certeza de que aquel acontecimiento no había sido la última palabra. Esta certeza les abrió nuevos horizontes.

Los primeros cristianos tuvieron que explicar la muerte de Jesús y lo hicieron de diversas formas. En sus testimonios más antiguos encontramos vestigios de las distintas explicaciones, tras las cuales se halla la convicción de que seguía vivo. Ahora bien, esta convicción tenía formas distintas: para unos "había ascendido a los cielos –igual que otros personajes del Antiguo testamento- desde donde volvería para ejercer e implantar el dominio de Dios"; para otros, "Dios lo había resucitado de entre los muertos y seguía presente entre sus discípulos". Ésta segunda convicción es la que acabaría imponiéndose en la mayoría de los grupos cristianos. En los inicios de la fe pascual nos encontramos así con dos tipos de cristología, es decir, dos explicaciones de la muerte de Jesús: *la cristología de la segunda venida* y, sobre todo, *la cristología de la resurrección*, que es la que más aparece en los textos del Nuevo Testamento.

*La cristología de la segunda venida* es una explicación muy judía y ha dejado pocos rastros en los textos cristianos. Pensamos que es muy temprana y que se desarrolló sobre todo en los ambientes palestinos. Quedan restos de que, todavía a finales del siglo I, se seguía pronunciando en las comunidades cristianas una invocación que sigue presente en la liturgia cristiana y que nosotros decimos en adviento: *¡Maranatha!* (1Cor 16,22). Es una expresión aramea que significa *¡Ven, Señor!* También en algunas fórmulas que se han conservado, en los discursos del libro de los Hechos, por ejemplo, cap. 3, 19-21, donde Pedro, después de haber presentado la fe pascual dice:

*Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados. Llegarán así tiempos de consuelo de parte del Señor y os enviará al Mesías que os estaba destinado, a Jesús, a quien el cielo debe retener hasta que lleguen los tiempos en que todo sea restaurado, como anunció Dios por boca de los santos profetas en el pasado.*

En este texto la afirmación fundamental es que la muerte no ha sido la última palabra; Dios ha reivindicado la causa de Jesús elevándole al cielo desde donde regresará. En esta teología, el envío del Mesías es un acontecimiento futuro. En realidad no se trata de una confesión de fe, sino un reflejo de esta primera explicación, muy antigua, de la muerte de Jesús; la disonancia cognitiva que supuso la muerte de Jesús en aquellos que pensaban que era un profeta, se resuelve en ciertos grupos cristianos desde la convicción de que Jesús había ascendido junto a Dios y volvería para restaurarlo todo implantando el reinado mesiánico. Detrás de esta explicación, lo mismo que detrás de la explicación más común, está la experiencia de aquellos que afirman haberse encontrado con Jesús; por lo tanto Él sigue vivo.

*La cristología de la resurrección* ha dejado muchos más testimonios en el Nuevo Testamento y en las tradiciones más antiguas recogidas en sus escritos, sobre todo en las confesiones de fe anteriores a las cartas de Pablo. Estas confesiones de fe son las que voy a estudiar con más detalle, pero antes de hacerlo quisiera volver a insistir que entre la *fe discipular* y la *fe pascual* no hay una ruptura total, sino un camino, una transición, una evolución. Esto es muy importante para entender cómo se formula la primera *fe pascual*, de la que hablaré enseguida.

Tanto la cristología de la segunda venida como la cristología de la resurrección, se expresan de diversas formas: fe cantada (himnos), fe confesada (credos) y fe narrada (recuerdos sobre Jesús).

- *Fe cantada*: se expresa en himnos, salmos inspirados, aclamaciones, las doxologías, expresiones de alabanza y gloria a Dios, etc. En los primeros siglos cristianos tenemos el testimonio del himno de la carta a los Filipenses, que canta el descenso y el ascenso de Jesús (Flp 2,6-11). Aquí se expresa la fe con mayor libertad; el ámbito de esta expresión de fe es la liturgia donde, en un momento de exaltación, se expresa incluso con una cierta exageración, de una manera un poco hiperbólica.
- *La fe confesada*: son los credos que vamos a estudiar; se trata de fórmulas matizadas, bastante medidas, no les sobra nada, dicen lo que quieren decir, precisas, menos cambiantes... Desde el comienzo han servido como elemento de identificación de las comunidades religiosas, en concreto de las comunidades cristianas, en todas las épocas. *¿Cuál es el credo que vosotros tenéis? Si no es el mismo que el nuestro, no estamos en el mismo grupo...* El símbolo de la fe (de *sym-ballo*: poner junto a) es el credo en el cual todos nos sentimos identificados.

- *La fe narrada*: los recuerdos sobre Jesús. Relatos sobre acontecimientos puntuales, o más extensos como el relato de la pasión y que, finalmente dan lugar a los grandes relatos de la fe cristiana que son los evangelios.

Entre estas diversas expresiones nosotros elegimos solamente un aspecto –quizás porque es el más importante- los credos que formulan la fe en la resurrección; la fe en Jesucristo resucitado.

Al contemplar estas tradiciones lo que más llama la atención es, quizás su antigüedad. La mayoría de estas confesiones de fe las encontramos en las Cartas de San Pablo que fueron escritas en la década de los 50, en un período muy breve de tiempo que va del 51 al 56/57. Ahora bien, no fueron inventadas por Pablo, sino que son anteriores a él; es decir, él las toma como algo que ha recibido y que transmite.

Los himnos, las confesiones de fe y los primeros relatos sobre Jesús son muy antiguos. En ellos se contiene ya una fe muy elaborada, pero no son el fruto de un largo y lento desarrollo. Larry Hurtado, en un importante libro sobre la evolución de la cristología más temprana ha llamado la atención sobre este hecho importante: la formulación de una cristología muy elaborada se da muy pronto y de forma muy rápida.

En el año 50 los contenidos fundamentales de la fe están formulados. Martin Hengel, otro gran estudioso de los comienzos de la cristología observa, incluso, que no hay desarrollos importantes entre las tradiciones anteriores a Pablo y la cristología de sus cartas, y concluye que la fe reflejada en estos primeros himnos y credos debió fraguarse en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Jesús. Hengel dice que *en los primeros 20 años del cristianismo se avanzó más en la formulación de la fe que en los 7 siglos posteriores*. Pueden ver la magnitud de lo que estamos tratando; estas formulaciones de fe son el núcleo fundamental de las convicciones cristianas sobre Jesús.

### 3. LOS CREDOS CRISTIANOS MÁS ANTIGUOS

Una vez ambientados los primeros credos cristianos, paso ahora a la parte central de mi exposición en la que voy a fijarme, sobre todo, en los credos anteriores a Pablo. Estos credos, los más antiguos que conocemos, fueron incorporados por San Pablo a sus cartas, pero pueden identificarse con bastante facilidad.

Estas fórmulas son expresión de una fe muy temprana y ya muy bien formulada; expresan la convicción que los primeros cristianos fueron teniendo acerca de la resurrección de Jesús, después de haber vivido la crisis de esa primera *fe discipular*. Todo esto ocurrió en muy poco tiempo, todo lo más 20 años. Martin Hengel se atreve a decir que esto lo recibe San Pablo en sus primeros contactos con las comunidades de Damasco o Antioquía, es decir 5 o 6 años después de la resurrección de Jesús. Son fórmulas verdaderamente muy antiguas, y muy bien expresadas, que él recoge durante sus estancias en esas comunidades y que después va transmitiendo en sus cartas.

Para mostrar la evolución de esta primera fe, voy a seguir la tipología propuesta en el excelente estudio de Senén Vidal, *La resurrección de Jesús en las cartas de Pablo*, cuyo título es un poco equívoco, pues no habla de las cartas de Pablo, sino de estos credos primitivos.

Probablemente la fórmula más antigua de la fe pascual se expresa en lo que Senén Vidal denomina una *beraká pascual*, una bendición que define a Dios como *el que resucitó a Jesús de entre los muertos* (Rom 4,17; 2Cor 1,9).

La forma -una oración de relativo- revela que, en este primer momento, el centro de la fe no tanto el hecho de la resurrección, ni siquiera la persona de Jesús, sino la afirmación de la potencia de Dios, que puede resucitar a los muertos. Este es el Dios del que Jesús había hablado, un Dios que es rey y que puede transformar aquella situación, implantando su soberanía.

La resurrección de Jesús produjo en aquellos primeros discípulos una convicción acerca de Dios, a quien se bendice al contemplar su poder, manifestado en un hecho concreto: la resurrección de Jesús, un acontecimiento que irá cobrando cada vez mayor importancia. Esta bendición puede considerarse un nexo de unión entre la *fe discipular* y la *fe pascual* en Dios: en ambos casos se confiesa el poder y la soberanía de Dios.

La mayor parte de las fórmulas de fe que emanan de esta afirmación central son de tipo narrativo, centradas en el acontecimiento de la resurrección. En ellas, Jesús va adquiriendo cada vez un protagonismo mayor. De ella deriva, en primer lugar una fórmula teológica (centrada en Dios): *Dios resucitó a Jesús de entre los muertos* (Rom 10,9), y también una fórmula cristológica (centrada en Cristo): *Jesús murió y resucitó* (1 Tes 4,14).

La fórmula teológica tiene todavía como protagonista a Dios. Está muy cercana a la bendición pascual: *Creo que Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos*. En la fórmula cristológica, al acontecimiento de la resurrección se añade el de la muerte, y el sujeto es Jesús: *Creo que Jesús ha muerto y ha resucitado*. Estas fórmulas son la base de los grandes credos que Pablo recoge en sus cartas que veremos ahora.

#### *El credo narrativo de 1 Cor 15, 3-5*

Es una tradición anterior a Pablo: es el evangelio que él había recibido y había transmitido a los corintios (recibir y transmitir eran, entre los maestros rabínicos, términos técnicos para hablar de una tradición fielmente transmitida).

*1 Os recuerdo, hermanos, el evangelio que os anuncié, que recibisteis y en el que habéis perseverado. 2 Es el evangelio que os está salvando, si lo retenéis tal y como os lo anuncié; de no ser así habríais creído en vano. 3 Porque yo os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí:*

*que Cristo           **murió** por nuestros pecados según las Escrituras;  
4 que                   **fue sepultado**  
que                   **resucitó** al tercer día           según las Escrituras;  
5 que                   **se apareció a Pedro...***

A la escueta fórmula cristológica, *Cristo murió y resucitó*, se añaden en esta fórmula tres elementos importantes:

- Cada una de las dos afirmaciones centrales de este credo se corrobora con la cita de un acontecimiento histórico que más tarde desarrollarán los relatos evangélicos. Supone una evolución que trata de dar consistencia a las afirmaciones fundamentales de la fe: *Jesús murió* y tenemos certeza de ello porque sabemos que *fue sepultado*; *Jesús resucitó* y tenemos certeza de ello porque sabemos que *se apareció*.
- Además, se afirma que ambos acontecimientos responden a lo anunciado en las Escrituras; signo de una incipiente exégesis cristológica, que buscaba descubrir el sentido de estos acontecimientos como puede verse también en otras fórmulas de fe y en la reflexión cristiana posterior.

- El sentido redentor de la muerte: *por nuestros pecados*. Es decir, añade una importante connotación salvífica que explica el sentido de la muerte.

Así pasamos de la *beraká* pascual, una afirmación sobre Dios, a la confesión de fe fundamental sobre Jesús, es decir, a una confesión más elaborada que supone una reflexión, una profundización en el sentido y el alcance de la resurrección.

#### *El credo personal de Rom 1,3-4*

Esta segunda confesión de fe ya no es un relato, sino un credo que, a partir de la experiencia de la resurrección, realiza una afirmación sobre Jesús; es otro tipo de credo centrado en su identidad. La resurrección es también central, pero es mucho más importante lo que en ella se ha revelado acerca de Jesús.

La mayoría de los estudiosos piensan que este credo también lo recibió Pablo porque se dirige a los Romanos, a una comunidad que no conocía y que, según aparece en esa carta, era una comunidad muy plural, formada por diversas iglesias domésticas, a todas las cuales se quiere dirigir. La afirmación que Pablo hace sobre Jesús en el capítulo primero podían compartirla todas aquellas comunidades; podemos tener cierta seguridad de que esta confesión de fe representa la fe de una amplia mayoría de discípulos de Jesús en torno a los años 50, que es cuando Pablo la escribe.

*1 Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol y destinado a proclamar el evangelio de Dios 2 prometido por medio de sus profetas en las Escrituras santas 3 acerca de su Hijo,*

*nacido **de la estirpe de David** según la carne, 4 y  
constituido **Hijo de Dios** con poder según el Espíritu santificador  
a partir de la resurrección de entre los muertos.*

El credo tiene dos partes, que están centradas en dos afirmaciones:

- *De la estirpe de David*: equivale a afirmar que Jesús, como descendiente de David, es el Mesías prometido por Dios. Pero esta primera afirmación que, según los evangelios, desempeñó un papel muy importante en la vida de Jesús, es solo parte de su identidad; se refiere, sobre todo, a su identidad terrena: *nacido... según la carne*.
- *Hijo de Dios*: a partir de la resurrección hemos conocido también que ha sido constituido hijo de Dios. Esta es la afirmación más importante. En el credo viene calificada de tres formas: a) *Constituido hijo de Dios*, es decir, no por nacimiento, como el hecho de ser de la estirpe de David, sino por una acción creadora de Dios, de una manera muy parecida a como Dios engendraba al rey en el momento de su coronación; b) *Según el espíritu santificador* describe el ámbito contrapuesto a la carne: Mesías según la carne, constituido hijo de Dios según el espíritu santificador; c) *A partir de la resurrección de entre los muertos*: es una precisión temporal; aunque nos parezca extraño, lo que aquí se dice es que Jesús fue constituido Hijo de Dios en el momento de la resurrección.

No debemos olvidar que la fe está todavía en proceso de configuración; no se ha llegado todavía a la fe cristiana plena, sino que estamos en los primeros estadios de la fe pascual. Estos primeros pasos culminarán en los grandes credos del siglo IV que expresan ya toda la riqueza de la fe, pero aquí estamos en los inicios de esta formulación. A partir de la

experiencia de la resurrección se descubre que Jesús es, no solo el Mesías prometido por Dios, sino el Hijo de Dios, que es la afirmación fundamental y supone un cambio cualitativo.

En el trasfondo de esta fórmula –de nuevo estamos en un ambiente muy judío- hay una elaborada interpretación de una serie de textos del Antiguo Testamento: 2Sam 7 donde Dios promete suscitar un descendiente a David –que será el Mesías-, o el salmo 2,7 que dice: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*; los salmos reales escenificaban la adopción del rey por parte de Dios.

*La confesión de Jesús como Señor: (Flp 2,9-11; Rom 10,9)*

Hay todavía una segunda fórmula de tipo personal, que también tiene su origen en la reflexión sobre los salmos de entronización real; en ella se confiesa a Jesús como Señor y se subraya, sobre todo, su entronización. Esta fórmula aparece ya en el himno prepaulino de la carta a los cristianos de Filipos:

*9 Por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de todo nombre,  
10 para que ante el nombre de Jesús  
doble la rodilla todo lo que hay en los cielos, en la tierra y en los abismos,  
11 y toda lengua proclame: **Jesucristo es Señor** para gloria de Dios Padre.*

Aquí ya no se afirma que Jesús es el Mesías o el Hijo de Dios, sino que se afirma que *Jesucristo es Señor*. En un pasaje de la carta a los Romanos aparece esta afirmación del Señorío de Dios relacionado con Jesús.

*9 Porque si proclamas con tu boca que **Jesús es el Señor**  
y crees con tu corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, te salvarás.*

Esta confesión de Jesús como Señor, que tienen su fundamento en la convicción de que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, facilitó a los primeros cristianos una formulación que, matizando el estricto monoteísmo judío, comenzaba a expresar el misterio del Dios trinitario: Dios es solamente uno, pero Jesús comparte su señorío y, por tanto, debe ser reconocido junto a él como Señor.

#### **4. LA EVOLUCIÓN DE LA CRISTOLOGÍA Y LA CONFIGURACIÓN DE LA IMAGEN CRISTIANA DE DIOS**

Para comprender lo que significan estos primeros credos cristianos, es necesario tener presente que la fe de Israel, en cuyo seno nació el cristianismo, era profundamente monoteísta. En tiempos de Jesús, los hijos de Israel tenían la obligación de recitar tres veces al día el *shemá*: *Escucha Israel: El Señor tu Dios es solamente uno*. En este contexto, la afirmación de que Jesús no solo era el Mesías y el Hijo de Dios, sino también el Señor que participaba de la condición divina, fácilmente podía sonar como algo blasfemo.

Sin embargo, dentro de la tradición de Israel se había ido descubriendo, desde hacía tiempo, que el Dios transcendente era también un Dios cercano, no solo en la historia, sino también a través de diversas mediaciones celestes: su Sabiduría, su Palabra, su Espíritu. Estas matizaciones al rígido monoteísmo mosaico hicieron posible la formulación de lo que Larry Hurtado ha llamado la *fe binitaria*, una fe que reconoce la condición divina de Jesús junto a Dios.



Las primeras formulaciones de la *fe binitaria* las podemos encontrar ya en las cartas de San Pablo; en ellas se sigue confesando que Dios es uno, pero se afirma al mismo tiempo que hay un solo Señor (1 Cor 8,5-6):

*5 Existen, en verdad, quienes reciben el nombre de dioses, tanto en el cielo como en la tierra, y ciertamente son muchos esos dioses y señores. 6 Sin embargo:*

*Para nosotros solo hay*

***un Dios, el Padre,***

*del que procede todo y para quien nosotros existimos*

***y un Señor, Jesucristo,***

*a través del cual existe todo y por quien también nosotros existimos.*

En esta formulación, Pablo integra dentro del estricto monoteísmo judío el descubrimiento de la condición divina de Jesús que había culminado en la afirmación: *Jesús es Señor*. Jesús participa de la vida de Dios, es Dios, pero no se confunde con Dios Padre. Estamos en los inicios de la formulación de la fe trinitaria.

Me parece muy interesante caer en la cuenta de cómo este progresivo descubrimiento de la identidad de Jesús conduce, en realidad, a una modificación de la idea de Dios haciendo surgir la imagen del Dios cristiano. No se trata de un monoteísmo exactamente igual al judío, sino de un monoteísmo trinitario, en el que hay "diversas personas" –como afirmarán después los grandes credos cristianos- pero que no se confunden.

*Un solo Dios Padre y un solo Señor*. Esta afirmación aparece de diversas formas en las cartas de Pablo, donde la encontramos en expresiones como *El Padre de nuestro Señor Jesucristo*, que indica la peculiar relación entre el Padre y el Hijo, o en los saludos que hace en sus cartas: *Gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo el Señor* (1 Cor, 1,2).

Estamos en los comienzos de la formulación de la fe y de la imagen cristiana de Dios. Pero, podemos preguntarnos: ¿Cómo llegaron aquellos primeros cristianos a descubrir que el profeta en el que habían creído y que les había movido de tal manera que les había cambiado la vida, a quien habían experimentado vivo en medio de ellos, era el único Señor junto al único Dios?

Esto solo lo pudieron descubrir porque tuvieron una vivencia, una certeza interior, una profunda experiencia religiosa que legitimaba la modificación del estricto monoteísmo hebreo. Es un aspecto que ha subrayado también Larry Hurtado en su obra *Señor Jesucristo*. Un indicio de que éste fue el caso de los primeros credos, es el hecho de que las primeras formulaciones de la fe en Jesús aparezcan en bendiciones, himnos y aclamaciones, es decir, en un contexto litúrgico.

En este proceso fue también determinante la reflexión sobre las Escrituras. El desarrollo de los credos debe mucho a la exégesis cristológica del Antiguo Testamento, es decir, la interpretación de textos del AT que les ayudaron a entender quién era Jesús. Lo hemos visto en los dos credos más desarrollados. Detrás de esta exégesis está la certeza de que las Escrituras se han cumplido en Jesús.

Particular importancia tuvieron los salmos de entronización real, pues les ayudaron a entender el significado de la resurrección de Jesús; *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy*. Cuando descubrieron esta relación se dieron cuenta de que en realidad ese salmo no se refería al rey ni al Mesías, es decir al sucesor terreno de David, sino a Jesús que, no solamente era el Mesías, sino el Hijo de Dios.

En el Nuevo Testamento tenemos restos de esta interpretación mesiánica de los salmos; en concreto hay un texto que hace referencia a este salmo 2, (Hch 13,32-33) que evidencia cómo hacían esta interpretación:

*32 Y nosotros os anunciamos la buena noticia: que la promesa hecha a nuestros antepasados, 33 Dios nos la ha cumplido a nosotros, sus descendientes, resucitando a Jesús, como está escrito también en el salmo segundo: "Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy".*

Aquí se pone claramente en relación el acontecimiento de la resurrección con este salmo que ayuda a entender cuál es el significado profundo de este acontecimiento.

Llegamos así a la afirmación con la que comenzaba esta conferencia. Los primitivos credos cristianos testimonian una temprana formulación de la fe en Jesús que refleja la fe pascual. Esta visión de Jesús, el Mesías prometido por Dios, que murió y resucitó según las Escrituras, y a quien Dios constituyó su Hijo, precisamente al resucitarlo de entre los muertos y entronizarlo como Señor junto a él, llegó muy pronto a ser la confesión de que Jesús era el único Señor junto al único Dios.

Ésta es la fe desde la que los primeros cristianos relevaron los recuerdos que se habían conservado de las palabras y de las acciones de Jesús. Estas fórmulas de fe en las que se afirma todo lo que les he resumido aquí son, al menos, veinte años anteriores al primer evangelio, el de Marcos. Es decir, ésta es la luz, la convicción, desde la cual los primeros cristianos miraban los acontecimientos de la vida de Jesús; desde ella recordaron los momentos especialmente significativos como el bautismo y la transfiguración, la misma resurrección, que les permitían introducirse en el misterio que encerraba su persona.

Los evangelios recogen estos recuerdos y pueden considerarse relatos de los misterios de la vida del Señor. Ésta es la perspectiva desde la que van a ser abordados en este ciclo de conferencias los distintos misterios de la vida de Jesús, y también la perspectiva desde la cual los grupos de lectura creyente de la Biblia, que desde hace ya dieciséis años se vienen reuniendo por toda la geografía de Cantabria, van a repasar todos estos momentos cruciales de la vida de Jesús.

Me parecía importante como prólogo a estas otras conferencias explicar cómo fue este primer descubrimiento de la identidad de Jesús, esta primera fe pascual en Jesús que llega a formularse en los credos.

*Muchas gracias por su atención*

#### **BIBLIOGRAFÍA BÁSICA**

- R. S. Brown, *Introducción a la cristología del Nuevo Testamento*, Salamanca 2001.
- M. Hengel, "Christology and the New Testament Chronology. A Problem in the History of Earliest Christianity", en: M. Hengel, *Between Jesus and Paul*, Philadelphia 1983, 29-47.
- L. Hurtado, *Señor Jesucristo. La devoción a Jesús en el Cristianismo primitivo*, Salamanca 2008.
- A. Pitta, "Jesucristo proclamado Señor en la iglesia: Pablo y las primeras profesiones de fe" *Scripta Theologica* 40 (2008) 385-403
- S. Vidal, *La resurrección de Jesús en las cartas de Pablo. Análisis de las tradiciones*, Salamanca 1982.

## DIÁLOGO

P - *¿Por qué San Pablo se interesa tan poco por la identidad histórica de Jesús, incluso tiene algún texto en el que parece que quiere pasar de largo, y se interesa mucho más por el Cristo Resucitado?*

R - Seguramente se refiere Vd. a esta afirmación que hace en 2 Corintios, 5, 16: *Porque si en otro tiempo conocimos a Jesús con criterios humanos, ahora ya no (lo conocemos así)*. Es un enigma; a mí me ha interesado mucho y el año pasado escribí un artículo sobre esta pregunta precisamente (S. Guijarro Oporto, "El Jesús de Pablo. Una aportación desde las ciencias sociales" *Salmanticensis* 57 (2010) 415-435).

Una primera explicación, que ya se ha dado hace mucho tiempo en la investigación, tiene muy en cuenta que las cartas son parte de una conversación más amplia; la relación de Pablo con sus comunidades comenzó antes de las cartas, en el momento en que las evangelizó. Es lo que Mauro Pesce llama *las dos fases de la misión paulina*: una primera que concluyó con la creación de la comunidad, y una segunda que es la que reflejan las cartas, en las que vuelve sobre algunos aspectos más discutidos. Puede ser que todos esos aspectos se den por supuestos porque ya se han explicado en el momento en que Pablo les anunció el evangelio.

Un texto de la carta a los Gálatas da a entender que, efectivamente, Pablo les había hablado del Jesús terreno y con mucho detalle; al principio del capítulo 3 dice: *insensatos gálatas, ante los cuales os dibujé a Cristo crucificado*. En las cartas no hay un relato tan detallado como en los evangelios pero, cuando lo requiere la ocasión, hay noticias muy concretas; por ejemplo en 1Cor 11, cuando Pablo tiene que aclararles el sentido de la cena, porque unos se emborrachan y otros pasan hambre... él les recuerda la última cena: *Yo os recuerdo lo que os transmití, que Jesús la noche antes de padecer se reunió con sus discípulos, tomó pan...* Da muchos detalles de este acontecimiento de la vida histórica de Jesús.

Esto significa que Pablo conocía muchos detalles de la vida de Jesús y se supone que seguramente se los había contado en el primer encuentro con estas comunidades, razón por la cual, cuando escribe las cartas solamente repite las cosas que necesita subrayar. Esta es una posible explicación que, sin embargo, no lo explica todo.

En mi opinión, en la cristología de Pablo hay un desarrollo especial de los aspectos del Jesús exaltado, Jesús resucitado, que puede estar motivado por el contexto, por el ambiente. Para entender esto hay que tener presente que el cristianismo se desarrolló inicialmente en dos contextos muy diferentes. Por un lado están los grupos de discípulos asentados en Palestina, donde los cristianos eran un grupo desgajado del judaísmo, que era mayoritario. En esta situación, aquellos grupos tenían que mostrar la diferencia en el terreno común y hablar mucho de la enseñanza de Jesús, mostrando que él era el Mesías prometido en las Escrituras. Debido a ello, fue en Palestina donde se conservaron y transmitieron la mayor parte de los recuerdos de Jesús terreno. Sin embargo, cuando el cristianismo se desplaza hacia la diáspora cristiana, es decir, hacia el mundo del imperio, entonces ya no son un grupo desgajado de la religión mayoritaria, sino un grupo advenedizo, nuevo, junto a otros cultos, en todos los cuales hay una fácil divinización de diversos personajes. En este nuevo contexto, Pablo tiene que insistir más en los aspectos más "divinos" de Jesús, subrayando su exaltación y su condición divina. Estos aspectos estaban ya presentes en las confesiones de fe primitivas, como hemos visto, pero Pablo insiste más en ellos debido a este contexto.

Por otro lado, también aparece en las cartas de Pablo que, en los ambientes griegos, los momentos de exaltación religiosa eran algo muy común; por ejemplo, toda la discusión de la primera carta a los Corintios, capítulo 12, sobre los carismas. Ese clima de experiencia religiosa hace también que la cristología evolucione más en esa otra dirección y que se descubra entonces que lo verdaderamente importante es lo que se ha manifestado acerca de Jesús después de la resurrección.

Éstas podrían ser algunas de las explicaciones. Yo creo que Pablo conocía mucho sobre el Jesús histórico; de hecho, en la primera parte de la carta a los Gálatas (Gál 1-2) cuenta que en su primera visita a Jerusalén estuvo quince días hablando con Pedro y, como dice Jerome Murphy O'Connor, con un cierto humor irlandés, "es de imaginar que no hablarían solo del tiempo". Hablaron de lo que a ambos les interesaba; Pedro era el gran testigo, había conocido a Jesús, y Pablo quería saber más sobre Él.

P - *¿Por qué en San Juan hay una insistencia tan grande con expresiones como "Yo soy", puestas en boca de Jesús, en las que se refleja la preocupación de este evangelista por la identidad de la persona de Jesús y, en cambio, este interés no aparece en los sinópticos?*

R - Lo que Vd. acaba de describir es un indicio claro de la posterior evolución de la cristología. A mí me parece que es interesante leer los evangelios conociendo los primeros pasos de los que he hablado hoy aquí. En los primeros 20 años del movimiento cristiano ya tenemos una fe compartida en la que se afirma claramente la condición divina de Jesús.

Este es el terreno común en el cual se seguirá profundizando. Hay varias cristalizaciones, unas serían las cartas deuteropaulinas –de los discípulos de Pablo- o las otras cartas que no son de Pablo, sobre todo la 1ª de Pedro que tiene una importante carga cristológica. Tenemos también el libro del Apocalipsis que de todos los libros del Nuevo Testamento es en el que se afirma la divinidad de Jesús de una manera más explícita: el cordero recibe el mismo culto que el que está sentado en el trono, en la visión del capítulo 4.

Podríamos decir que éstos ya son desarrollos posteriores de aquella misma convicción. Los evangelios hacen esto mismo, pero lo hacen expresando estas convicciones a través de un relato, es decir, recogen la memoria de Jesús desde estas convicciones y cuentan su historia. Ahora bien, un relato tiene sus recursos. Uno de ellos es la intriga, y los evangelios la tienen también.

Pensemos, por ejemplo, en el evangelio de Marcos, que plantea con enorme intriga la identidad de Jesús; comienza con el bautismo de Jesús, en el cual hay una revelación de la voz del cielo dice *Éste es mi hijo muy amado*. Es un avance enorme sobre el credo de la Carta a los romanos donde se dice que Jesús es hijo de Dios "desde" el momento de la resurrección, en el cual habría sido engendrado por Dios como hijo. Esta afirmación de Marcos supone un enorme avance, pues afirma que Jesús desde el comienzo de su actividad se manifestó ya como hijo de Dios.

Ahora bien, si leen ese texto se darán cuenta de que esa revelación solo la conocen los lectores; ningún personaje del relato sabe en realidad que Jesús es el hijo de Dios y, de hecho, en todo el relato esta afirmación sigue siendo un enigma. En ese sentido, el evangelio de Marcos hace una propuesta de un hondo calado teológico.

Más tarde, a finales del siglo I, el evangelio de Juan continúa esta profundización en la identidad de Jesús, pero no lo hace ya solo de forma narrativa, sino que coloca como prólogo, y por tanto como clave de lectura del relato de la vida de Jesús, el himno en el cual

se afirma que el Logos que estaba junto al Padre es Jesús. No que Jesús es el Logos, sino al revés, que el Logos que existía desde el principio es Jesús. Por tanto, en todo lo que hace o dice Jesús se puede percibir detrás el misterio del Logos; cuando Jesús cura a un ciego, no se manifiesta solo un hombre que hace milagros, sino que se revela que Jesús es la luz; del mismo modo, cuando reparte el pan a la multitud no se manifiesta solo el gesto de un bienhechor, sino que se revela que Jesús es el pan de vida.

En el siglo I tenemos toda esta evolución de la fe en Jesús que constituye la espina dorsal del credo cristiano y por tanto del cristianismo. En ese sentido es apasionante ver cómo va evolucionando y también cómo lo hace en formas tan diversas y complementarias.